

# BABY BOOM

## en una escena

ANA ISTARU



**C**uñada: —Mujer, yo te entiendo si has pasado tanto tiempo sin hijos. Vas a ver el calvario que es el embarazo: empezás con náuseas, pero eso no es nada. No podés asolearte, porque se te mancha la cara que ni con cloro. Te salen unas estrías espantosas, las piernas se las come la celulitis, te dan hemorroides, várices, palpitaciones, mareos, ganas de escupir, cansancio, te hinchás como una medusa y los pechos se te caen en un guindo sin fondo del que no vuelven a subir jamás.

Me quedé muda. Yo, que era una joven bastante apetitosa y con un sex-appeal

▼

*Fragmento de la obra de teatro escrita por Ana Istarú, la cual ganó en España el premio ex aequo de dramaturgia femenina, y se encuentra actualmente en cartelera protagonizada por la misma Istarú*

▲



aceptable, iba a convertirme por obra y gracia de esa maldición bíblica en la hermana melliza del hombre elefante.

No era mi cuñada la que hablaba: la que tronaba era la voz colérica de un Jehová enardecido, que agarrando a Eva de las mechas, la llevaba guindando del cuero cabelludo hasta el vestíbulo del Paraíso, para ponerla de patitas en la calle por putona y por cochina, y por haber incitado a Adán a reproducir la especie, no a través del método tradicional y socialmente aceptado, es decir: qué sé yo, valiéndose de costillas o figuritas de barro, sino haciendo una cosa puerquísima que no les puedo ni contar.

De ahí el famoso "Parirás a tus hijos con el sudor de tu frente". No, ¿cómo era? ¿Con el sudor de tu qué? En fin. Y hablando de otra cosa: ¿acaso Adán no envejece?, me pregunto yo. ¿Por qué tengo que quedar perfecta como perrita nueva? ¿Acaso me gano la vida como modelo de fotografía a color? El cuerpo, hasta donde yo entiendo, es para usarlo. Es ese libro en blanco en el que la vida va anotando los acontecimientos, empezando por el ombligo, que es donde firma tu mamá. Y bueno, sí, después del parto es muy probable que escriba: pasó un bebé por este cuerpo porque este cuerpo fue amado. ¿Y qué? Y repito: ¿acaso los hombres no envejecen? Está bien, lo admito: el cambio tal vez no es tan rápido. Pero a Adán inevitablemente se le cae el pelo, echa panza, se le aflojan los coquetos ovillitos de lana de las nalgas, se pone gordo o se pone flaco, le salen canas, arrugas y verrugas, y todo el mundo lo encuentra muy normal. ¿Entonces? Yo no me iba a privar de un bebé por un pellejo menos o un pellejo más.

Volviendo a nuestra cena, ahí no acabaron las maldiciones familiares. Mi cuñadito, con el tono profético del Oráculo de Delfos, reveló a Diego las desgracias a que nos arrastraba el nacimiento de nuestro primogénito:

**Cuñado:** —Ay, mae, qué embarcada. Lo van a tallar: ya no se puede ir de pelón. Y olvídense que va a dormir en quién sabe qué reguero de meses. N'ombre, no sea bárbaro.

Para cambiar de tema y bajar mi nivel de adrenalina, conté que ya tenía prevista la clínica en la que iba a abrirme como un paquete de regalo para ofrecerles el heredero.

**Suegra:** —¿Cómo, una clínica privada? Pero si eso es un infierno de plata. Mejor invertir ese dinero, qué disparate.

Luego de mi delicado proceso de despetrificación de terror ante el parto, de mis cinco años de psicoanálisis, de mi disciplinada consulta a feministas, enfermeras, amigas, psicólogos y parientes sobre cuál era el mejor ginecólogo-obstetra del país, di por fin con la persona indicada. Para que me atendiera debía dar a luz en una clínica cara pero segura, con buen equipo, dedicada exclusivamente a atender nacimientos, libre por lo tanto de enfermedades intrahospitalarias. Pero era un disparate.

¿Por qué la mayoría de la gente puede proclamar impunemente y sin el menor rubor la frivolidad de que se compró un equipazo de sonido, o cambió de carro, o se fue para Cancún, y no recibe por ello la menor censura? En cambio, cuando se trata del momento más importante en la vida de un ser humano, como lo es el nacimiento, ah, no, ahí no. Andáte a parir al caño, como una gata. Burguesa, igualada, pretenciosa, vagabunda, pero si le sale al marido más cara que una querida, qué regalo. Para la seguridad física y emocional de parturienta y parido, para eso no hay plata. Por suerte Diego estaba de mi lado. Pero ya yo había alcanzado el límite de mi tolerancia y estaba harta de sentirme tan sólo el envase en el que chapoteaba el bebé. Todos habían ya dispuesto de mi cuerpo, mi embarazo, mi hijo, su sexo, su nombre, su educación y su vocación, y si me distraía un poco, dispondrían hasta de mis nietos.

Por fin mi suegro cayó en la cuenta de que, no más fuera por puro formulismo, debía preguntarme mi opinión.

**Suegra:** —Ariana. ¿y Ud. ha pensado en algún nombre para el bebé?

**Ariana:** —Caín, señora. Y si es niña, Lucifer. ♀